

así posible la inclusión de artículos de otros filósofos. No obstante, la antología de Klemke viene a llenar el vacío provocado por la escasa cantidad de antologías que hay sobre la filosofía de Russell y constituye por ello un libro que todo estudioso de dicha filosofía encontrará importante y útil.

ALEJANDRO TOMASINI

Gilbert Harman, *The Nature of Morality. An Introduction to Ethics*. OxfodrUniversity Press, 1977; xiv + 165 pp.

Este libro, cuyo subtítulo reza *Una introducción a la ética*, es un pequeño tratado de temple aristotélico, por su elegante estilo literario, por la forma de elaborar su tesis y por el tipo de teoría que defiende.

Harman mantiene un diálogo constante con Kant y, en verdad, sus observaciones ayudan a entender mejor la teoría ética de éste. Pero, además, Harman sale al paso al emotivista y al nihilista para salvar lo que es salvable en la ética.

La fórmula que Harman propone consiste en mezclar el naturalismo con el convencionalismo, con el relativismo, con el aspecto social, con el carácter *a priori* del discurso, con la psicología y con una teoría de la inferencia. Su posición es compleja aunque tenga una apariencia simple.

Harman carece de argumentos contundentes, pero tiene razonamientos, sugerencias importantes, diálogo persuasivo, deseo de convencer pero no de obligar a creer. Esto provoca una doble reacción: por una parte, sentimos que el texto es insuficiente, que no toca los aspectos importantes; por la otra, se advierte

la novedad y la propiedad o adecuación al asunto.

Esta obra representa la consolidación de una nueva —aun cuando vieja— tendencia que consiste en abandonar el exclusivismo y la obsesión con las cuestiones de meta-ética —las cuestiones puras, como la significación de las palabras morales, por ejemplo— y dirigirse a las cuestiones vitales, que son las que nos importan crucialmente.

Harman trata de elucidar el ejercicio moral desde la perspectiva de un observador ideal y se aplica a resolver casos extremos. Por ejemplo, está el caso de Hitler, a quien generalmente se considera un monstruo moral de nuestra época. ¿Qué decir filosóficamente de él?

La teoría de Kant nos conmina a condenarlo, toda vez que la conducta de ese político viola el conjunto de principios racionales que tenemos. Harman rechaza que haya un único conjunto de principios que definen la racionalidad: hay convenciones sociales múltiples que dan vida a un “debes hacer X”, o bien, lo privan de toda fuerza.

La teoría emotivista —de la que Harman hace un esclarecedor análisis— sugiere que sólo hay aprobación o desaprobación. Harman piensa que hay una instancia más general: la de un observador ideal que expresa el punto de vista ordinario.

Pero, entonces, ¿fue bueno o malo lo que Hitler, o Stalin, hicieron con sus “enemigos”? Harman no acepta que haya una respuesta única y absoluta. Sólo es posible condenar como “malo” a quien comparte nuestros principios. Como en estos casos tal cosa es muy improbable, tenemos que refrenar nuestro juicio moral.

¿Quiere decir esto que no hay objetividad? La hay, dice Harman, cuando las razones que impulsan la acción de una

persona son similares a las nuestras. Es decir, la razón "es malo matar a una persona" puede ser o no ser un hecho moral. Si lo es, es un hecho psicológico mío y de los otros que juzgan como yo. La objetividad consiste en hechos psicológicos que son hechos relativos. No hay, por lo tanto, un conocimiento moral, sino un conocimiento psicológico de la creencias de las personas; hay, además, el hecho social del acuerdo interpersonal.

Así resulta que —según Harman— Hitler y Stalin quedan fuera del alcance de nuestro juicio moral, pero no sucede igual con el asesino que aparece en las páginas de los periódicos locales. Nuestra condena en este último caso —pese al nihilista— tiene toda la fuerza que necesita tener, es decir, el asesino y nosotros *tenemos* la creencia de que ese asesinato fue y es condenable. El nihilista tiene razón cuando se habla de sociedades con convenciones diferentes, pero hay una respuesta que oponerle cuando se trata de creencias compartidas dentro de una sociedad.

Harman parece, entonces, concederle al nihilista moral que no hay hechos morales que objetiven nuestras creencias y actitudes. La realidad que existe es una sola; la moralidad es múltiple. Moralidad sin hechos morales, recomienda Harman.*

Hay realismo en Harman. Los hechos de nuestra psicología intersubjetiva son la realidad a la cual se dirigen nuestros juicios morales. Si la psicología se redime en la física tendremos un realismo mayor. Pero el relativismo permanecerá.

ENRIQUE VILLANUEVA

* Para una discusión de este aspecto de la tesis de Harman y su posible insuficiencia *cfr.* la hermosa nota crítica de H. L. A. Hart "Morality and Reality" en el *New York Review of Books* del 9 de marzo de 1978.

Ramón Xirau, *Entre ídolos y dioses: Tres ensayos sobre Hegel*; El Colegio Nacional, México, 1980, 55 pp.

Los amigos de la serpiente son también amigos de Prometeo. Los amigos de Prometeo, sépanlo o no, son destructores de hombres. (p. 8)

En esta obra, Xirau se ocupa de Hegel, no con un interés monográfico, sino movido por una preocupación vital: la de tomar conciencia de que "la crisis de nuestro tiempo no se origina, como se ha pensado más de una vez, después de Hegel, [sino que] empieza justamente con él" (p. 7). Esta crisis se caracteriza como el derrumbe de los valores del mundo contemporáneo causado por la sustitución de Dios por el hombre, por la absolutización de la existencia humana, es decir, por la deificación de lo que por naturaleza es percedero. Xirau considera que esta divinización de lo humano trae como consecuencia la divinización de las obras de la razón, y la exclusión de toda posibilidad de desarrollo de la fe, creándose así el predominio de los ídolos sobre los dioses. La razón predomina sobre la fe, y de esto Hegel es causante, en la medida que su filosofía es un intento por reducir el mundo a la razón.

Sin embargo, el racionalismo hegeliano no constituye para Xirau simplemente un dato que está ahí y sirve de apoyo a su interpretación de la crisis; más bien, visto desde su profunda complejidad, aparece con un doble carácter paradójico. Por un lado, *Entre ídolos y dioses* señala que dicho racionalismo contiene varios elementos irracionales de acuerdo al criterio que Hegel mismo da para poder calificar un discurso de irra-